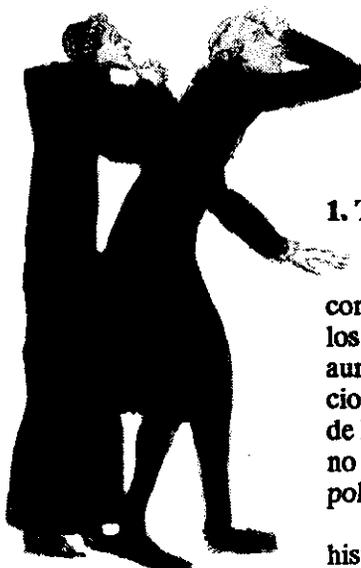


# En defensa de Robespierre<sup>1</sup>

José María Martinelli

*Por los jacobinos, de ellos ha de ser el reino de la tierra  
en los cielos de este mundo.  
A los caídos en Tiananmen,  
víctimas del terror.*

## 1. Tiempo de revisionismo



**E**l encargado de la propaganda nazi decía que había que repetir una mentira hasta convertirla en verdad. También hay otra forma de mentira: recordar para olvidar, perpetuar los héroes en el bronce para que enmudezcan para siempre. Desprovistos de pasiones, ni aun amorosas, son todo virtudes; en especial los hombres. Los vencidos son sólo abyecciones. Es el caso de Robespierre. Por ello, tal vez este ensayo debió titularse "En defensa de Robespierre o acerca de la mentira histórica". Porque reestablecer la verdad histórica no puede ser obra exclusiva del historiador, es tarea social, parte del esfuerzo y desarrollo político de un pueblo.

Corre por Europa un movimiento revisionista que en nombre de la objetividad histórica deforma la historia y cancela el propósito de recuperar la verdad histórica. Se

afirma, por ejemplo, que los crímenes de Hitler no son abominables porque ya habían ocurrido los crímenes de Stalin. Ya se dijo, cabe recordarlo: legitimar la vileza de hoy con la vileza de ayer. Un genocidio es condenable, sea realizado en nombre del socialismo o de la raza superior; sea sobre judíos o sobre palestinos. La tergiversación histórica tiende a justificar lo injustificable; desde el solitario universo de una prisión fascista se proclamó: la verdad es revolucionaria.

Quiénes asumen las anteriores posiciones no son autores secundarios; destaca en este contexto revisionista, que más que una depuración histórica propone una recuperación de valores tradicionales (v.g. nación, potencia), la figura de Ernst Nolte —autor de la clásica obra *El Fascismo*—, quien sostiene que "el exterminio de clase de los bolcheviques" es precedente del "exterminio de raza de los nazis"; el eje Stalin-Hitler se configura como una relación causal de antecedente y consecuente.<sup>2</sup> Aunque resulta difícil aceptarlo, lo cierto es que no se trata de un análisis histórico, sino de una interpretación política en la que se conforma una matriz de ideas que cubre espacios históricos, cual bloque dimanante de ideas-fuerza que se reproducen en el espacio y el tiempo, independientemente del contexto politicosocial de que se trate. Es necesario advertir que el fenómeno no es inédito; en la historiografía de la Revolución Francesa, Francois Furet plantea valoraciones semejantes entre ésta y la Revolución Rusa, el *Terror* de la primera pre-figura el *Gulag* de la segunda.<sup>3</sup> El alma mater de tal desasosiego histórico es Rousseau, a quien se le ocurrió alentar la participación política del pueblo suficientemente informado. Sin embargo, con estas rousseauianas ideas, de Miguel Hidalgo en México a Mariano Moreno en Argentina, los pueblos latinoamericanos asaltaron el poder colonial y conquistaron la independencia.



Para los mencionados autores resulta básico descalificar la revolución, asimilarla al terror, confeccionando, como se dijo, una secuencia matricial que pone énfasis en personalizar los procesos históricos más que ahondar en la socialización de éstos.<sup>4</sup> De esta forma se estructura un "principado del terror" cuyos representantes por excelencia son: Robespierre, Lenin, Stalin, Hitler. Cuando la mirada es retrospectiva, la descalificación del hombre conlleva la descalificación del proceso revolucionario; asimilar los bolcheviques al nazismo es un acto intencional de ruindad. Otra de las tendencias que caracterizan a estos autores son sus propuestas de homogeneizar la historia, vale decir: si la revolución ha muerto ya no hay izquierdas ni derechas; si la revolución ha muerto cabe recordar a la francesa como un movimiento cultural y no como una revolución social y política. Estas ideas no se quedan en los libros, se recogen; en tal dimensión, las opiniones de los organizadores del bicentenario de la Revolución Francesa

resultan muy ilustrativas. Edgar Faure, primer presidente del comité organizador del bicentenario, en 1987 declaraba:

Hay que llegar a la fusión, a la reconciliación (...), y a la idea de terminar con la oposición entre las derechas y la izquierda que ha transformado a Francia en dos bloques no permeables. Vivimos hoy una sociedad abierta, una sociedad de derecho: la ruptura revolucionaria ya no es necesaria.

Por su parte, el actual presidente del Comité, Jean-Noel Jeanneney, en 1988 decía:

Aun cuando la Revolución no sirve más, como en 1789, de instrumento para diferenciar la derecha de la izquierda, no es cierto que el acontecimiento sea totalmente "frío" (...) Conmemoramos la Revolución en su conjunto. Pero, como en 1889, los actos conmemorativos más importantes concordarán con fechas del primer año de Revolución...<sup>5</sup>

Entonces, el interrogante a saber es qué propone este posmoderno y conservador escepticismo. No otra cosa que el despliegue de una suerte de transformismo crociano que procure la aceptación pasiva de la dominación clasista; prevaencia de la nación sobre las clases, se trata de una dinámica política en la que prevalece la unidad-autoridad sobre la diversidad-democracia.

### *La "revolución monárquica"*

Para Furet la revolución es un eslabonamiento de largo plazo que hacia atrás incardina en el Antiguo Régimen y hacia adelante se proyecta en la "república monárquica", tan cara a su espíritu "tocquevilleano". En consecuencia, polemizando con sus ex camaradas de la

izquierda francesa,<sup>6</sup> despliega un énfasis, no suficientemente demostrativo, que rechaza la dinámica de rupturas que provocó la Revolución Francesa. Con sutileza utiliza tesis de Marx anteriores a *El Capital*, asépticamente tratadas. De esta forma la revolución carece de condicionamientos, determinaciones o actores sociales históricamente precisados. En todo caso, es una gran avenida que permite la circulación de ideas, de hombres y mujeres, más señaladamente hombres, que por inefable fuerza histórica decantan las instituciones en una privilegiada dimensión: centralización-descentralización. Términos que, siguiendo a Tocqueville, son claves para Furet. Es así que la revolución tiene una sola dimensión, la del poder. Por cierto que la dicotomía centralización-descentralización establece una forma de administración del poder, pero la Revolución Francesa representa una transformación profunda del poder y no una mera racionalización gradualista del mismo.

El rechazo de Furet a caracterizar a la francesa como revolución burguesa es explícito; además, plantea que "ni el capitalismo ni la burguesía han necesitado revoluciones para aparecer y dominar en la historia de los principales países europeos del siglo XIX".<sup>8</sup> Sorprende esta afirmación de Furet, en primer lugar porque afirmar que la revolución es burguesa hace a la dominancia sociopolítica del hecho revolucionario. Ello no significa desconocer la complejidad de actores intervinientes ni los fuertes enfrentamientos que existieron entre las diversas facciones burguesas y los sectores populares, lo cual le imprime a su vez características de revolución social; en segundo lugar, el siglo XIX en Europa se caracteriza por una fuerte presencia de revoluciones y movimientos revolucionarios, fallidos muchos, tributarios todos de la Revolución Francesa. Año clave de este periodo es 1848; ya la clase obrera tenía presencia y gravitación propias.



La necesaria precisión sobre qué sujetos históricos dominan la escena francesa no quiere decir, como pretende Furet, que se construya una metafísica de la fatalidad que escribe la historia a futuro. Significa destacar el surgimiento de nuevas condiciones que precisamente por ser tales permiten, condicionan y a la vez impulsan nuevas formas políticas, económicas y sociales. La libertad que promete un burgués y no materializa sino en términos de su clase no es la misma que declama un noble; el primero va a sostener una libertad expansiva en tanto surge una base económica expansiva que demanda términos políticos nuevos. Sin nuevos actores sociales nada de esto puede realizarse. El noble no puede ensanchar ni siquiera discursivamente los espacios de libertad porque su universo es básicamente político, carente de impulso civilizatorio al requerir preservar un orden económico y social restrictivo. En el proceso revolucionario francés es factible formular un nuevo discurso político porque se está gestando una nueva economía, cuyo rastreo teórico remite a la obra de los fisiócratas e indirectamente a la de Adam Smith. De la

economía política lo que importa no son los números sino la condensación politicosocial que tiende a explicar. La carencia de jerarquizaciones en el análisis social lleva a que "todo tenga que ver con todo", una forma de diluir a los actores sociales en el amplio espectro de la nación.<sup>9</sup>

A nivel de análisis, Furet plantea la existencia de contradicciones en lo social pero las resuelve en el orden lógico, vale decir que no las resuelve. De ahí su enredo en la cuestión del origen y de la revolución como advenimiento. Cuando Marx, reflexionando sobre el Estado, critica "la novela de los orígenes" se refiere a los esfuerzos por establecer fácticamente la génesis del Estado, cuando la conceptualización metodológica permite interpretar la realidad, no inventarla. Furet, que proclama su adhesión al concepto, no deslinda a éste de su interpretación. Luego, queda prisionero de lo que critica: la revolución adviene como terror, siempre. Lo que además de contestable no deja de ser una metafísica y matricial afirmación, a pesar de que diga criticar esto.<sup>10</sup>

La originalidad de Furet sobre el punto de revolución y terror es nula; se trasluce que su análisis conlleva un interés político actual orientado a satanizar la Revolución Rusa, identificándola con Stalin; extensivamente, la descalificación se hace a todo proceso revolucionario. Ya Michelet había planteado que el terror político genera el terror militar: Robespierre es la matriz de Bonaparte. A su vez, Carlyle también asocia revolución y terror.<sup>11</sup> En uno y otro caso se trata de visiones históricas que privilegian el protagonismo de "los grandes hombres" por sobre la acción de las masas. Quien encarna la historia no es toda la historia; no son pocas las veces que son espíritus míseros, inmerecedores de gloria. ¿Quién puede identificar a los hombres y mujeres de Saint-Antoine que tomaron La Bastilla? Pero no se puede evocar la Revolución Francesa ignorando la toma de La Bastilla. No hay historiador neutral, así como la

historia no tiene otro fin que el que le dan sus propios actores.

## 2. Robespierre y su tiempo

Indudablemente, el proceso histórico está preñado de mediaciones, de manera que la recuperación de un luchador social y estratega político, como lo fue Robespierre, no puede realizarse en bloque, sino a partir de los condicionantes históricos generantes de los hechos que se consideran. En este sentido, llama la atención el intento de las versiones históricas burguesas por ignorar el contexto nacional e internacional en que se desarrolla la lucha cuando tiene lugar la gran revolución. Inadmisible silenciar la guerra con Holanda y los enfrentamientos con Inglaterra; de hecho el acoso a la revolución provenía de todas las testas coronadas de Europa; de Bohemia, de Hungría. Por ese entonces, un joven teniente jacobino realizaría su bautismo de fuego: no es otro que Napoleón Bonaparte, cuya única crítica a Robespierre fue el no haber encargado su defensa a un militar más competente que Hendorff.<sup>12</sup> Los ejércitos prusianos que durante la revolución no pudieron entrar en París, defendida por el pueblo organizado por Danton, sí lo hicieron en 1815 para aniquilar al gobierno de la Comuna. A los ejércitos versallescos encabezados por Thiers, junto a las tropas prusianas de Bismarck y a la burguesía francesa les corresponde la ignominia de haber matado 17 mil hombres, mujeres y niños en el tiempo de la Comuna. —el pueblo del París histórico merece un mejor recuerdo y homenaje que el carnaval internacional organizado por François Mitterrand y los sedicentes socialistas franceses para celebrar el bicentenario de la Revolución. Si una comparación cuantitativa tuviera sentido, los muertos de la Comuna de

París superan con creces a los del *Terror*. Mas, un sólo hombre que muere en defensa de sus ideas es un crimen político, aberrante. No cabe duda que a Robespierre le corresponde una cuota de responsabilidad en el terror que asoló a Francia durante la Revolución, mas no la única y total responsabilidad que le asigna la historiografía burguesa.<sup>13</sup> El propio Michelet, adverso a Robespierre, en un pequeño momento analítico de su trabajo plantea qué hubiera sido de Francia sin la acción de estos hombres:

Digamos las cosas como eran. Si éstos se hubieran retirado, la Francia hubiese quedado entregada a un peligro. Sin su mortal trabajo y su sagaz dirección no hubiera servido tan terrible sacrificio. Aún podemos añadir algo más. Estaban ligados ellos a este trabajo por indicaciones del corazón, por amor a Francia.<sup>14</sup>

Sin caer en una metafísica retrospectiva, es permisible afirmar que porque hacia 1791 hubo una noche en Varennes que la historia registró, la restauración sólo pudo ser en 1815, Napoleón mediante. Pero no fue lo mismo, las masas habían destruido el antiguo régimen. Como se dijo, la historia no se repite sino como farsa. Debe quedar claro que el terror es condenable, haya sido en la Revolución Francesa, Tlatelolco, Santiago de Chile o Tiananmen, sin pretender homogeneizar estos distintos momentos históricos.

En el contexto intervencionista a que se hizo referencia, el propio frente revolucionario fue fracturándose y los jacobinos tuvieron que enfrentar no solamente a las fuerzas restauracionistas, sino también a la declinación girondina y a los hebertistas. Derrotar este triple frente, aunado al guillotinado de Danton, consumió las energías políticas de los jacobinos y debilitó física, moral y políticamente a Robespierre. Este fue el ámbito

del terror, una dolorosa combinación de guerra civil e intervenciones militares extranjeras, violencia y lucha de clases en su nivel más exacerbado. Adjudicarle tal clima político a Robespierre constituye un despropósito y una visión unidimensional de la historia. No puede un hombre sobredeterminar la historia en tales términos; la lucha social se desarrolla mediante una articulación compleja de instancias y no por designios malévolos o demoníacos de una persona.

La recuperación política de Robespierre debe tender a rescatar su énfasis igualitario, su rescate permanente de la soberanía popular y la reiterada vocación por politizar los procesos sociales; aspectos éstos que son clara herencia de la vertiente liberal democrática de estirpe rousseauniana. Sobre estos puntos corresponde aportar algunos elementos de juicio, la mayoría de las veces ignorados. El igualitarismo de Robespierre no era meramente declarativo aunque tenía límites. En la Asamblea defendió a las minorías, fueran artistas, negros o judíos. Apoyó a los negros de las colonias francesas y fue miembro de la Sociedad de Amigos de los Negros; en cambio no alentó el sufragismo femenino, lo que no obliga al feminismo contemporáneo a colocarlo en el *Index*.<sup>15</sup> Ese espíritu anticolonial fue el que llevó a Víctor Hugo, durante la invasión francesa a México, a gritar:

¡Estoy con ustedes, mexicanos!

Hoy, desde la emoción y la esperanza, desde México, también cabe gritar:

¡Ciudadanos de Nueva Caledonia, tenéis derecho a la Independencia, estamos con ustedes!

En relación con la soberanía popular, la Constitución Robespierre de 1793 garantizaba el sufragio universal y directo; las leyes estaban sujetas a veto popular y se proclamaba el derecho a la insurrección. Caído Robespierre, fue derogada de inmediato. El im-

pulso a la participación política de las masas forma parte del costo histórico que paga Robespierre; haber fomentado la participación popular en la revolución es lo que la burguesía no le perdona.

No faltará algún alma cándida que pregunte qué mala jugada le hizo la historia a Robespierre; la historia, ninguna: cayó en su ley; la historiografía burguesa, muchas. Ocultar la verdad es una forma de mentir. En estas líneas hemos levantado algunas falsedades que se han convertido en "lugares comunes históricos", por ejemplo: la responsabilidad unipersonal de Robespierre en el *Terror*.<sup>16</sup> Interpretar torcidamente los hechos históricos tiene un sentido político: legitimar el presente mediante la descalificación del pasado; provocar que la gente admita resignadamente que "siempre ha sido así", que nada ha de cambiar. En la Francia revolucionaria sólo la acción de las masas pudo quitarle filo a la guillotina. Mas no lo logró del todo y al *Terror* sobrevino el *Thermidor*, mucho peor. Sobre éste no hay responsables, no hay protagonistas a condenar; fue la historia. Cabe, por un momento, dejar las intencionadas interpretaciones burguesas y volver una mirada a ingenuas interpretaciones de izquierda que pretenden ver un proletariado actuante o un espíritu socialista en la Revolución Francesa; no había tales. Y no porque no existiesen deseos de libertad e igualdad; sencillamente porque no había base material ni condiciones objetivas para generar un proyecto socialista.<sup>17</sup> Las restricciones a la propiedad que las masas le impusieron a la Convención eran precisamente eso y no socialización de la misma, v.g. Ley de *maximum*.

Tal vez pueda imputársele a Robespierre una cierta rigidez que le impidió advertir que la acción del pueblo podía detener la conspiración thermidoriana; tal vez confió en que las vanguardias jacobinas podían vencer a la reacción; prefirió enfrentar a la Convención y fue

podía detener la conspiración thermidoriana; tal vez confió en que las vanguardias jacobinas podían vencer a la reacción; prefirió enfrentar a la Convención y fue derrotado. Sin embargo, entre el oscuro episodio de su detención y muerte en la guillotina media la intervención de secciones de la comuna parisina que liberan a Robespierre de la prisión. ¿Por qué las masas liberan a Robespierre? No se pone en libertad a los enemigos. Gesto noble y postrer esfuerzo que no logra traducirse en acción revolucionaria; la caballería thermidoriana es más poderosa que los *sans-culottes*. La historia cobra otro signo; matar para terminar con el terror. La historiografía burguesa opaca estos crímenes, abominables al igual que el silencio que los cubre. No obstante, el

discurso burgués no puede despejar una contradicción que sólo es salvable con la verdad histórica: La legalidad de hoy es producto de las luchas de ayer.<sup>18</sup>

El nacimiento del mundo nuevo, que ya lo había vislumbrado la poesía luego de la derrota prusiana en Valmy, no lo habían logrado la Revolución Inglesa ni la Independencia estadounidense; es mérito y honra de la Revolución Francesa. La singularidad de ésta radica en la alta participación de las masas; constituye un legado del pueblo francés a la humanidad. También es mérito de Robespierre por haber encabezado la revolución burguesa más profunda y con mayor raíz popular en la historia política de Occidente. Lo expuesto está por detrás y forma parte de la disputa de ideas y posiciones políticas que entrecruza la conmemoración del bicentenario de la Revolución. Al respecto, la vocinglería oficial es conocida. La voz de los trabajadores se difunde con más dificultades, pero tiene firmeza. La Confederación General de Trabajadores (CGT) francesa plantea:

La crisis presente permite afirmar que los ideales de la Revolución Francesa siguen incumplidos. Sigue incumplido el ideal de *libertad* para los miles de activistas sindicales despedidos por ser defensores de las rei-vindicaciones de los trabajadores. Sigue incumplido el ideal de *igualdad* para los hijos de los trabajadores que no pueden estudiar mucho porque falta dinero en casa y porque cada vez se cumple menos el principio de la gratuidad de la enseñanza. Sigue incumplido el ideal de *fraternidad* para los trabajadores emigrantes de distintas naciones confrontados con campañas racistas que los responsabilizan por la crisis económica.

La *libertad*, la *igualdad*, la *fraternidad* son reivindicaciones vigentes para todos los que deciden luchar contra la crisis, por una sociedad distinta, una sociedad socialista conforme a las necesidades de la sociedad francesa actual; y también son ideales a conquistar para numerosos pueblos del planeta.<sup>19</sup>



## Notas

- 1 Una versión resumida de esta ponencia se publicó en *página uno* suplemento político y económico de *Unomasuno* Núm. 406, 16-7-89, México, págs. 9-10.
- 2 Véase Guillermo Almeyra, "El pasado que no pasa y el futuro que se prepara", en *Brecha* 5-6, México, 1988, págs. 136-137.
- 3 Furet François, *Pensar la Revolución francesa*, Ediciones Petrel, Barcelona, 1980, pág. 24.
- 4 Al respecto de la personalización histórica, resulta de sumo interés consultar la obra historiográfica de Enrique Krauze sobre Porfirio Díaz, de carácter historicista y nutrida en el anecdotario, sostiene la visión de la historia protagonizada por los grandes hombres; para las masas mexicanas dedica dos o tres hojas referidas a las rebeliones obreras de Cananea y Río Blanco. Toda valoración política del porfiriato es suavizada mediante apreciaciones comparativas, antropológicas, psicológicas y aun subjetivas, v.g. la violencia es menor comparada con la que imperó en la autocracia zarista (p.34). Igualmente, se considera que se ejerció un poder omnímodo pero que pocas veces descendía a extremos de tiranía (p.66). Según Krauze, el ejercicio del mando tenía un sentido paternal, herencia indígena (p.74). También se dice que los 36 años de poder de Porfirio Díaz fueron "un acto inmenso de encantamiento y dominio que llevó a cabo un hombre para quien el mando no era una pasión sino una religión (p.87). En una llamativa extrapolación, el autor destaca "el auge de países como Singapur, Corea del Sur y Taiwan, cimentado más para bien que para mal, en premisas no muy distintas de las porfirianas" (p.108). Luego, la pregunta obligada es de qué sirve el análisis crítico, que si lo hay, si el "modelo" es recomendable. Véase: Enrique Krauze, *Porfirio Díaz, místico de la autoridad*, serie: Biografía del Poder/1, FCE, México, 1987.
- 5 Instituto Louis Saillant, 1789. *Significado y vigencia de la Revolución francesa*, París, 1989, pág. 15.
- 6 Furet es un renegado del Partido Comunista Francés, del cual fue miembro de 1947 a 1956. Para informarse del itinerario político o ideológico de Furet, así como de la evolución que han sufrido sus tesis sobre la Revolución francesa, véase François Dosse, "Furet: el embalsamador", en revista *Nexos* núm. 138, México, 1989, pág. 12.
- 7 "El problema de Tocqueville es el de la dominación que el poder administrativo ejerce sobre las comunidades y sobre la sociedad civil luego de la expansión del Estado centralizado; este poder de la administración sobre el cuerpo social no sólo es el rasgo permanente que anuda el nuevo régimen con el antiguo, Bonaparte con Luis XIV. Explica también, a través de una serie de mediaciones, la penetración de la ideología democrática (es decir, igualitaria) en la antigua sociedad francesa: en otras palabras, la Revolución, en lo que para Tocqueville son sus elementos constitutivos (Estado administrativo que gobierna sobre una sociedad con una ideología igualitaria) había sido ampliamente realizada por la monarquía antes de ser consumada por los jacobinos y el Imperio. Lo que se denomina *la Revolución Francesa, aquel acontecimiento fechado, catalogado, glorificado como una aurora, no es nada más que la aceleración de la evolución política y social anterior*". Subrayado nuestro; un aspecto central del pensamiento de Furet se manifiesta en esta cita. Furet François, *op. cit.*, págs. 27 y 36.
- 8 *Ibid.*, págs. 32-33 y 38. E.J. Hobsbawm rebate la tesis de Furet sobre las innecesarias revoluciones burguesas en la Europa del siglo XIX. "La tercera y mayor de las olas revolucionarias, la de 1848, fue el producto de aquella crisis. Casi simultáneamente la revolución estalló y triunfó (de momento) en Francia, en casi toda Italia, en los Estados alemanes, en gran parte del Imperio de los Habsburgo y en Suiza (1847). En forma menos aguda, el desasosiego afectó también a España, Dinamarca y Rumania y en forma esporádica a Irlanda, Grecia e Inglaterra". Hobsbawm Eric J., *Las revoluciones burguesas*, Labor, Barcelona, 1985, pág. 206.
- 9 El uso político-ideológico dado al concepto desde las esferas del poder —identificación-expropiación de Estado y Nación, por parte del primero de los términos— ha provocado un fuerte rechazo del marxismo a la recuperación del concepto de nación. Temor a disputar las ideas con ideas. Teniendo como base de análisis la estructuración de la sociedad en clases, el orden social no puede asentarse en la unidad nacional sino en la compleja articulación de lo político-ideológico, lo económico-social y lo cultural-artístico, espacios permeados por lo estatal y por la propia dinámica de clases. Lo que remite a la diversidad social y relega la idea de unicidad. También ha pasado en tal rechazo el rescate que del concepto de nación realiza el conservadurismo romántico, ligándolo al "espíritu del pueblo"; forma defensiva de identidad que se tradujo políticamente en rechazo a lo revolucionario. Recuperar el concepto de nación en lo diverso remite a lo histórico-social, permitiendo entender las especificidades entre las naciones, en razón de distintos desarrollos históricos. Teóricamente se trata de una conceptualización subordinada; sin embargo, en la práctica histórica las nacionalidades mantienen una notable persistencia y alcanzan altos niveles de autonomía (1989 es un año de fuerte resurgimiento de las nacionalidades, particularmente en la Unión Soviética). Lo heurístico, en este caso, está dado por el eslabonamiento dialéctico que permita lograr una síntesis de carácter político entre las irrupciones nacionales de contenido autónomo-

- liberador y las contradicciones de clase que persisten en el interior de la nación.
- 10 Furet F., *op. cit.*, pág. 15.
- 11 Al respecto, se puede consultar el número monográfico editado por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) dedicado a "La Gran Revolución"; véase, Carlyle Thomas, "Los dioses tienen sed" y Michelet Jules, "El tirano", en *Casa del Tiempo* núm. 88, UAM, México, 1989, págs. 28-33 y 44.
- 12 Se afirma que todo mito tiene un símbolo; el de Napoleón, la grandeza. No es tal; Napoleón no representa la proyección internacional de los ideales de la Revolución Francesa; al contrario, es representante del espíritu expansionista que alentó la burguesía francesa luego de la derrota de Robespierre y los jacobinos. Baste recordar que Napoleón Bonaparte reestableció la esclavitud en las colonias francesas de ultramar, en 1802. Sin duda, el gran maestro de Jena se equivocó, no fue el "espíritu del mundo a caballo" el que llegó a nuestras tierras. A México llegaron fuerzas francesas invasoras que negaban ese espíritu de progreso que quiso ver Hegel. La derrota de los ejércitos de Napoleón III en México provoca los estertores del espíritu imperial napoleónico. Sea la memoria histórica para los indígenas, para los liberales mexicanos, para Benito Juárez, que restauraron la república.
- 13 "En realidad la dictadura había sido colectiva. Robespierre, no había elegido a sus colegas y ni siquiera presidía el Comité; nunca había obrado sin su aprobación, y en muchos casos es hasta imposible decir que él había tomado la iniciativa". Lefebvre Georges, *La Revolución Francesa y el Imperio (1787-1815)*, FCE, México, 1973, pág. 128. Muchas de nuestras inquietudes sobre Robespierre datan de hace más de 20 años; si alguna opinión nos ha ratificado en lo que pensábamos entonces no es otra que la de Georges Lefebvre.
- 14 Michelet J., *op. cit.*, pág. 41.
- 15 Sanguinetti, Horacio, *Robespierre, La razón del pueblo*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1972, pág. 24.
- 16 "Los vencedores del 9 Thermidor les facilitaron la tarea al achacar la responsabilidad del *terror* a un solo hombre, al encarnarlo en la persona de Robespierre". Sin dejar de admitir diferencias interpretativo-valorativas, la opinión de D. Guérin cabe tenerse presente. Véase, Daniel Guérin, *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa, 1793-1795*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, pág. 280.
- 17 De los diversos movimientos populares con algún grado de organización, el de Baboeuf y Los Iguales es el que deja registro histórico más significativo. Siguiendo a Tierno Galván, pueden ser considerados próximos a las ideas socialistas. Véase, Tierno Galván E., *Baboeuf y Los Iguales. Un episodio del socialismo premarxista*, Tecnos, Madrid, 1967, pág. 14.
- 18 Recordando el papel que Gramsci le atribuyó a Croce, G. Almeyra señala: "El combate contra la idea misma de revolución (desde la francesa hasta la socialista), contra el internacionalismo, contra la visión clasista, contra la conciencia de que la legalidad de hoy fue conquistada ayer por las armas, derribando al fascismo y al nazismo a un costo humano y material inmenso, y no es resultado de una graciosa concesión estadounidense, es un combate que en todas partes está a la orden del día". El mismo autor, en párrafo siguiente, contextualizando la cuestión de la memoria histórica dice que ésta "es peligrosa y debe ser suprimida, deformada"; cabe restituirla para las generaciones futuras mediante la acción de los intelectuales y la colectiva partidaria. Véase Guillermo Almeyra, *op. cit.*, pág. 140.
- 19 Instituto Louis Saillant, *op. cit.*, págs. 15-16.